

## RESEÑAS

CONSUELO GARCIA STHAL,

et al. Síntesis Histórica de la Universidad de México. México: UNAM, 1975, 238 pp.

Para entrar en materia, la autora de este libro se remonta hasta los antecedentes que poco a poco fueron conformando lo que es hoy la universidad moderna. Naturalmente, esa perspectiva (la de, como lo señala el título, escribir una síntesis histórica de nuestra universidad), circunscribe automáticamente el trabajo a una revisión rapidísima y muy esquemática de lo que son la prehistoria y la historia de las universidades, para pasar luego a describir la historia particular de la “Universidad de México”.

Así, la autora se lanza a reseñar lo que ha sido el desarrollo de las universidades, particularmente a partir de Grecia y Roma “porque sus valores e instituciones fueron definitivos para la forjación de la cultura occidental”.

Empiezan a pasar fugazmente ante nuestros ojos algunos datos sobre Pitágoras, Sócrates, Aristóteles... los estoicos, Epicuro, etc., y luego todos aquellos personajes que hoy consideramos importantes en el campo educativo, porque algo han hecho por el desarrollo de éste en general. Los nombres se suceden unos a otros y los datos, en gran parte anecdóticos, van condimentando el relato que pasa a velocidades tremendas de Grecia a Bizancio a la Edad Media, para ahí detenerse un poco más y recordarnos la importancia que tuvieron monasterios y órdenes religiosas, reyes y obispos, en el adelanto que paulatinamente iba logrando la educación.

El término universidad empieza a perfilarse (s. xii), pero sus características generales están lejos de ser definidas, lo que se logra hasta el siglo siguiente, en el que las universidades medievales alcanzan su máximo apogeo: Santa Genoveva (después la Sorbona), Bolonia, Cambridge, Lovaina, Portugal, Bagdad, Córdoba, entre otras, para llegar a nuestros antecedentes más inmediatos: Salamanca, Palencia y Valladolid, después que España reconquista sus territorios ocupados por los árabes; un poco antes de que se disponga ya a descubrir y conquistar nuestro Nuevo Mundo. La autora hace aquí un breve paréntesis, indispensable, para insertar unos cuantos datos sobre la educación precolombina. En ella, sólo mayas y aztecas habían logrado desarrollar la educación, pero no podía hablarse de una enseñanza superior: debemos recordar que las limitaciones culturales de nuestros antiguos indígenas estaban a la altura de la era neolítica, no obstante lo cual habían logrado grandes adelantos.

Al darse la conquista, la evangelización, la parte más relacionada con la educación, impone sus criterios, es decir, su religión, sus puntos de vista como parte importantísima de su cultura; no podía ser de otra manera.

La Gran Tenochtitlan ha caído, y la Nueva España empieza lentamente a desarrollarse. Continúa el desfile de hombres célebres que de una o varias formas tuvieron que ver con el desenvolvimiento de la educación: Fray Pedro de Gante, Vasco de Quiroga, Bernardino de Sahagún, Fray Juan de Zumárraga, don Antonio de Mendoza, etc. Nace, tras la Universidad de Santo Domingo en 1538, la Real y Pontificia Universidad de México en 1551, aunque las cédulas de autorización expedidas por Felipe II datan de 1547.

He aquí las cátedras con las que se inicia la universidad: Gramática es decir, latín, que era la base para el estudio de la teología, las ciencias naturales, la física, la filosofía, la retórica, etc. Artes, luego llamada filosofía, y que compendia la lógica, la física, la astronomía (y la astrología), las ciencias naturales y la medicina.

Teología, es decir metafísica, que también establecía normas de gobierno y de justicia entre los hombres. Con esto podemos ver la importancia que ésta desempeñaba en un mundo nuevo donde había que establecer relaciones humanas también nuevas y donde, como sabemos, se decidía tanto la creación de nuevas relaciones como la destrucción de otros según conviniera a los intereses de la metrópoli.

Así, durante los siglos xvi y xvii, la educación en Nueva España es escolástica; Europa en cambio abandona para siempre el escolasticismo durante la segunda mitad del xvii. España ha llegado al Nuevo Mundo sin haberse incorporado a la gran revolución cultural que empieza a gestarse en el mundo, como sí lo han hecho

otros pueblos europeos. Al tradicionalismo escolástico se aúna la falta de comprensión de lo propiamente americano, y los problemas de una sociedad que empieza a crecer y a crear algo nuevo; y el desarrollo, consolidación y descubrimiento de América por sí misma se da hasta la última mitad del xviii y la primera del xix. Naturalmente la universidad resiente y refleja esta situación.

La llegada del siglo xix, y con él el movimiento independiente, pone en dificultades a la universidad, pero esta logra resistir los embates y aun cuando en ocasiones es clausurada, en realidad nunca deja de funcionar totalmente.

Entre líneas seguimos el desarrollo de la universidad y entendemos el por qué de algunas épocas difíciles. La comprensión, sin embargo, se basa en el atado de cabos, puesto que la autora no expresa esto aunque lo sugiera. Así, nos parece entender, por ejemplo, que durante el proceso de independencia, Gómez Farías clausurara la universidad: se trataba de buscar un nuevo y mejor arraigo, y la universidad, como todas las otras instituciones, estaba aún demasiado ligada a España y sus intereses; había que modificarla radicalmente. He aquí lo que piensa Jiménez Rueda al respecto: “hubiera sido deseable para la educación superior en México que el problema de la Universidad no se hubiera planteado y resuelto en el siglo xix en términos políticos y no académicos...” Sí, ciertamente hubiera sido muy bueno, pero los independistas se daban cuenta del entreveramiento que existía entre la universidad y lo inmediatamente anterior y lo rechazaban, tenían que recurrir a medidas drásticas difícilmente planteables sólo en términos académicos.

Los acontecimientos siguen: Gabino Barreda, Justo Sierra... llegamos a la Revolución, vamos a Madero a Carranza y desembocamos en 1914; los nombres se acercan más y casi nos tocan: Pedro Henríquez Hureña, Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Gómez Morín, Silva Herzog... todos ellos meorables rectores, y llegamos hasta la modernidad y la actualidad; las referencias a 1968 resultan vertiginosas y aun sólo le queda recordar, reflexionar sobre lo que sucedió.

Ahora bien, el presente libro ha sido elaborado sin pretensiones desorbitadas, las anécdotas están incluso acertadamente elegidas y el libro tiene por eso cierta amenidad; esa es quizá su mayor virtud. Sin embargo, yo me pregunto: ¿no hubiera sido posible que aún a costa del sacrificio de algunos datos, se hubiera intentado un planteamiento más descursivo y explicatorio (es decir, que intentara la cohesión y la búsqueda y exposición de motivaciones de fondo), y menos anecdótico y simplemente informativo (es decir, no analítico y superficial)? ¿O es esto demasiado pedir? Francamente no lo sé.

Para terminar, una reflexión que no va dirigida a este libro en particular, sino a algo mucho más difundido entre todos nosotros, casi todos nuestros libros y casi todas nuestras concepciones pedagógicas al respecto. Se trata de esto: en el transcurso de lo que se expresa en un libro cualquiera, las referencias más constantes son a personajes, a personas aisladas, y no a tendencias generales y, digamos, sociales. Los “aires históricos” que más aún que las concreciones individuales ayudan a definir épocas enormes, no son analizados, se mencionan nombres sobresalientes, como si la historia fueran sólo esos nombres, y se dejan de lado las explicaciones globales que podrían ser mucho más ilustrativas y pedagógicas. Si, para poner un ejemplo concreto, se nos hablara de las características educativas más sobresalientes de la Nueva España del siglo xvii, por ejemplo, o de “los griegos” en general, intentando comunicar una imagen global de lo que fue esa cultura o esa época, me parece que todos saldríamos ganando; en lugar de ellos se nos dan nombres, datos aislados, etc., lo que además deja en nosotros la idea de que la participación personal, si no somos héroes, personajes, titanes, no tiene sentido y no cuenta: sólo cuenta lo que hacen los personajes consagrados (en gran parte idealizados, deshumanizados, convertidos -a veces a fuerzas- en héroes impecables y puros), el resto, cada uno de nosotros hasta formar grupos o masas participantes, es desdeñable...

FRANCISCO GONZALEZ O.